



## Carlos Valenti, el artista nostálgico

S i l v i a L a n u z a

A principios de siglo la capital de Guatemala no era más que unas cuantas cuadras de tierra de las cuales el entonces presidente Manuel Estrada Cabrera se creía el dueño. Nada se podía hacer a espaldas del dictador quien se las arreglaba para contar, en todas las esferas de la sociedad con un incondicional que lo tuviera al día de los acontecimientos diarios en el país.

Por ello, resulta extraño que con esta represión los jóvenes creativos no se replegaran y, por el contrario, aprovecharan el momento para convertirse en una de las generaciones más trascendentales del arte guatemalteco en todas sus ramas. De esta camada de artistas surgieron inmortales como Carlos Wyld Ospina, Rafael Arévalo Martínez, Agustín Iriarte, Alberto Aguilar Chacón, Alberto Velásquez, Rafael Rodríguez Padilla, Carlos Mérida y Carlos Valenti. Este último, un malogrado artista que parte antes de que la primavera lo abandone. Tal vez ahora su nombre diga poco, pero la calidad de su obra, la genialidad que denota en cada una de sus creaciones, son una prueba clara que su prematura muerte deja un vacío eterno en la plástica nacional.

Aunque su nacimiento fue en París, el 15 de noviembre de 1888, Carlos Mauricio Valenti Perrillat, llegó a Guatemala con apenas tres años. Fue el tercero de tres hijos. El mayor, su hermano Emilio<sup>1</sup> y la segunda su hermana Blanca. Su padre Carlos Valenti Sorí era de nacionalidad italiana y su madre Helena Perrillat Bottonet, francesa. Su padre fue el primero en llegar a Guatemala en 1888, por invitación de José María Reyna Barrios a quien había conocido en Europa. Posteriormente, lo sigue la familia en 1891, para afincarse definitivamente en Guatemala. El padre de Valenti, decidió poner una lujosa peluquería en la 9a. Calle entre 8a. y 9a. Avenidas de la Zona 1, que luego pasaría a ser el Cine Valenti, el primero en el país.

Mientras tanto, la familia Valenti-Perrillat se acomodó a su nuevo hogar y el joven Carlos Valenti creció bajo el posesivo cuidado de su madre. Su niñez fue normal pues sus estudios primarios los hizo en el Colegio Villatoro (12 Avenida y 10a. Calle Zona 1, esquina) y se graduó de bachiller en el Instituto Normal para Varones. En el ínterin, aprendió a tocar piano bajo la tutela del músico totonicapense Herculano Alvarado, pero sus esfuerzos sólo fueron apreciados por un pequeño círculo de personas, por su timidez.

Su hermano Emilio se convirtió, sin proponérselo, en el eslabón que lo une a las artes plásticas. Porque debido al entusiasmo que Emilio iba demostrando en el desarrollo de sus clases en la Academia de Bellas Artes, dirigida por el escultor venezolano Santiago González, que a los quince años decidió abandonar la música y dedicarse a las artes plásticas. Pronto dio muestras de su talento, hasta llegar a superar a su maestro.

Pero, ése fue sólo el primer cambio que sufrió la vida del joven artista quien poco a poco se va involucrando en el ambiente bohemio de la época. Entre 1905 y 1906, aún bajo la guía de Santiago González, Valenti y sus amigos conocieron a un hombre de veinticinco años

que había dejado su natal Barcelona, para ayudar a su tío materno, Francisco Gual, en un negocio de ultramarinos llamado El tigre ubicado en el Portal del Comercio. Se trataba de Jaime Sabartés Gual, amigo de toda la vida de Pablo Picasso y posteriormente su secretario. Para los noveles creadores, la llegada de Sabartés era como una ráfaga de viento fresco y alrededor de este español, de gafas y mediana estatura, se creó un grupo de ansiosos por aprender, aunque fuera por terceras personas, de los movimientos artísticos entonces en boga en Europa. *Este maestro les hablaba de la evolución de la pintura y los nuevos logros del impresionismo y otros movimientos como el del mismo Picasso, que entonces empezaba a indagar en el cubismo<sup>2</sup>.*

Con Sabartés, Carlos Valenti ingresó a un nuevo mundo, y dejó de ser espectador para convertirse en protagonista. Por ello, cuando Sabartés decidió mudarse a Quetzaltenango en 1910, el grupo formado por Carlos Wyld Ospina, Rafael Rodríguez Padilla, Rafael Arévalo Martínez, Rafael Yela Günter, los hermanos de la Riva y Carlos Mérida, no se desintegró. Por el contrario, empezó a girar alrededor del tímido Valenti, quien acicateado por las duras críticas de Sabartés, empezó a poner a prueba su talento y se lanzó a una constante experimentación tanto en técnicas como en temas.

El perfeccionismo fue parte de su personalidad y por tal razón se negó a firmar la mayoría de sus obras, porque por alguna u otra razón éstas no lo convencían. Lejos estaba de saber, que con tantas líneas, borrones y correcciones la perfección estaba cerca. Cada trazo fue para él un paso más hacia la cumbre. De allí su pasión por pintar cuanto estaba a su alcance: paisajes, figuras, caballos, personas. Nada escapaba a su vista, la cual por sus problemas con la diabetes le disminuye gradualmente y se convierte en la causa de sus depresiones, las cuales se acentuaron al regresar su padre a Italia, tras el fracaso de su barbería y el cine. Con lo cual, hacia 1911, Carlos Valenti se queda viviendo únicamente con su madre en una casa situada en la 9a. Calle "A" 3-61 Zona 1. La salud de doña Helena se deterioraba y Valenti sobrellevaba la carga y se pasaba las horas a su lado, hasta su fallecimiento en febrero de ese año.

Debido a que el joven Carlos Valenti no tenía el poder económico para sostener él sólo el hogar materno, aceptó trasladarse a la casa de su hermano Emilio, en la 9a. Avenida y 12 Calle, en donde le cedieron dos habitaciones. Una de ellas fue destinada a su taller de pintura, localizada en un segundo patio. Allí, el grupo de amigos se volvió a reunir para realizar sus tardes de bohemia, las cuales llegaron a cansar a Emilio. Por el mal carácter de su hermano Carlos se ve obligado a aceptar la hospitalidad de su hermana Blanca, quien lo convenció a que se trasladara con ella a su casa ubicada en Los Arcos, Zona 14, en donde se hospedaría hasta principios de 1912, mismo año en que logró cumplir su sueño de viajar a Europa.

Es así como el 20 de mayo de 1912 (pocas semanas después de la tragedia del Titanic), acompañado de su inseparable amigo Carlos Mérida, a quien convenció de correr la aventura para ampliar sus estudios de música, se embarcó en el buque Odembalt y pagó cien dólares por el pasaje hasta París.

El grupo entrañable de amigos decidió acompañarlos hasta Puerto Barrios, en donde les dieron una agridulce despedida. Nunca imaginaron que esa sería la última ocasión en que

volverían a ver a aquel joven de cabello castaño claro, un tanto largo, ojos soñadores, labios bien trazados, vestido siempre con un pulcro casimir oscuro, corbata de seda leve y fieltro flexible en el sombrero de ala ancha. Todo un *príncipe de Orange*, como Arévalo acostumbraba a llamarlo.

El viaje dio inicio. Valenti dejó atrás la melancolía del adiós y se dedicó a disfrutar del viaje. El primer puerto fue Panamá, luego las islas Saint Thomas, Guadalupe y Trinidad hasta que después de treinta días en el mar llegaron al puerto de Le Havre, en Francia. Y después, el encuentro con la ciudad natal, perdida en los recuerdos de su niñez, y el idioma materno, el cual hablaba a la perfección y le permitió convertirse en el guía de su amigo Mérida. *Una vez en la calle quedaron absortos, sorprendidos, aturcidos ante el París acariciado en conversaciones lejanas que se les abría estupendo, soberbio, aplastante.*<sup>3</sup>

Se instalaron en el edificio número 32 de la Rue des Fosses-Saint Bernard, una modesta pensión cercana a los jardines de Luxemburgo, a pocas cuadras del Barrio Latino, de Notre Dame, del Boulevard San Michel y Montparnasse. La habitación que compartieron era amplia y además, contaba con una mezanine, por lo que Valenti se instaló en el cubículo de abajo y Mérida en el de arriba<sup>4</sup>.

A los pocos días de haber llegado a tierra gala, visitaron a Pablo Picasso para entregarle una carta en la cual su amigo Jaime Sabartés lo invita a venir a Guatemala '*Un país tropical con una catedral de luz*' y muchos misterios por descubrir de una civilización antigua. Asimismo, le pide que seleccione una academia o un maestro para que imparta clases de pintura a Valenti.<sup>5</sup>

Por esta razón, Valenti ingresó al taller de Cornelius Van Dongen y Mérida al Conservatorio Nacional de Música. En París se involucraron con la vida bohemia de la localidad, conocieron a Braque, a Juan Gris, Leger, Matisse, Diego Rivera, a Modigliani y a Mondrian. Valenti se adentró en el conocimiento de las diferentes corrientes artísticas que invadían el país. Además se solazó visitando el Museo del Louvre.

Sin embargo, los sueños originales de ambos artistas quedaron truncados porque al poco tiempo Mérida descubrió que padecía una sordera progresiva y debía abandonar la música. Aunque, encontró una panacea en la plástica. Por su parte, Valenti comenzó a notar que su enfermedad perjudicaba cada día más su visión y el médico le ordenó que descansara y se alejara totalmente de la pintura. Tal situación lo hundió en la depresión, al extremo de demostrar indiferencia hacia el estilo de vida que hasta ese momento llevaba. Su amigo Mérida, ignorante de su estado, lo animaba a retornar a su inquietud artística, pero Carlos Valenti languidecía y se perdía en la oscuridad de la autocompasión.

Su final fue trágico, como lo ha sido el de muchos artistas. Un 29 de octubre de 1912, con dos balazos en el pecho segó su vida. Walda Valenti reprodujo en su libro una narración del propio Mérida en la cual decía:

*“Esa mañana estábamos trabajando en la escuela todos reunidos, cuando me percaté de su ausencia al no verle frente a su caballete, ante el cual se había sentado una hora antes(...) Llegué y tembloroso abrí la puerta, dándome cuenta de que la cortina de su cubículo*

*estaba corrida. Su sombrero sobre el caballete como solía dejarlo siempre que regresábamos de la calle(...) Horrorizado comprobé, al verle tendido en la cama con un revólver en la mano, que se había disparado en el corazón”.*

Sus amigos se unieron para enterrarlo en el cementerio de Montparnasse en una fría y lluviosa mañana de noviembre de 1912. La noticia no se hizo esperar en Guatemala, en donde sus amigos le realizaron homenajes públicos. Algunos de ellos, como el de Carlos Wyld Ospina y Antonio Torres, fueron recogidos por el Diario de Centroamérica, en donde no sólo se resaltaron sus dotes de artista sino sus valores de ser humano.

Ahora, a casi un siglo de distancia. Lo único que queda es tratar de descubrir por medio de sus pinturas la esencia de aquel ser que aunque tuvo un breve paso por la vida, dejó una estela que a veces pareciera borrarse, pero que aún lucha en contra del implacable olvido.

#### ***Notas:***

1. Emilio es el padre de Walda Valenti, autora del libro "Carlos Valenti: aproximación a una biografía". Emilio Valenti, además, fue propietario de una casa tipográfica que realizaba algunos anuncios publicitarios para el Diario de Centro América.

2.3. Walda Valenti, "Carlos Valenti: aproximación a una biografía", Serviprensa Centroamericana, 1983

4.5. Enrique Noriega, "Carlos Mérida", Ediciones Acento, 1981

#### ***Referencias bibliográficas:***

Torres, J. Antonio, Diario de Centroamérica, 1912

Valenti, Walda, "Carlos Valenti: aproximación a una biografía", Serviprensa Centroamericana, 1983

Wyld Ospina, Carlos, Diario de Centroamérica, 1912

#### ***Origen Documento:***

Catálogo “Carlos Valenti: obra y vida”. Ediciones Don Quijote. Julio del 2000. Pág. 9-11.